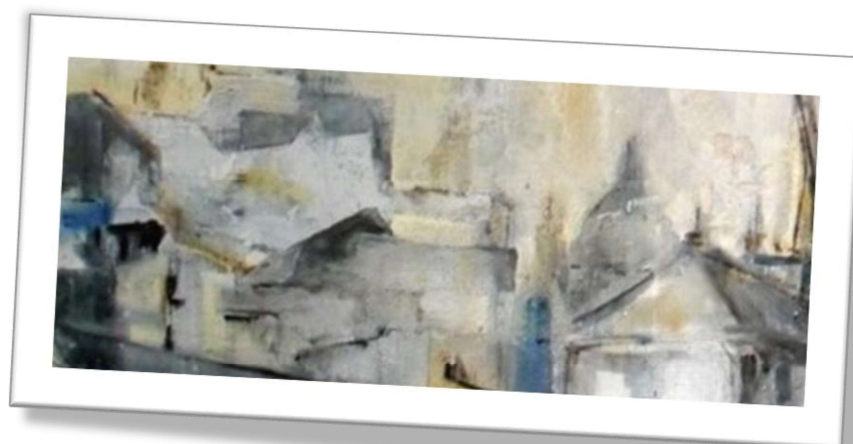


REVISTA STVLTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 9, NÚMERO 2,
SEGUNDO SEMESTRE DEL 2026
ISSN 0719-983X



UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE
SEDE PUERTO MONTT



Reseña de Beck, H. (2025). *Insurrección, Anarquía, Revolución: Una anatomía política del instante*. El Colegio de México. ISBN/ISSN 978-607-564-690-9

Review of Beck, H. (2025). *Insurrección, Anarquía, Revolución: Una anatomía política del instante*. El Colegio de México. ISBN/ISSN 978-607-564-690-9

Alejandro Moreno Hernández
Universidad de Buenos Aires, Argentina

En esta cuidada obra, Humberto Beck nos propone realizar un recorrido de la historia intelectual del *instante* en la política mediante tres figuras: la insurrección, la anarquía y la revolución. La obra combina eclécticamente la historia intelectual con la teoría política. Así, el autor propone dialogar con estos dos campos de especialización. La pregunta que ronda el libro es de qué manera se ha pensado el cambio radical. El corpus de análisis está centrado en Europa, pues es en ese continente donde se sitúan estos debates, ya que el proceso de modernización llevó consigo la pregunta sobre la intensidad y el ritmo que debían seguir las mudanzas de las condiciones sociales. El libro abarca desde la toma de la Bastilla en 1789 a la revuelta espartaquista de 1919 (p. 11). Beck, a lo largo del texto, nos recuerda quizás que los grandes debates se sitúan mayormente entre dos polos. En la época estudiada, se observan dos bandos antagonizados en torno a la izquierda: la *reforma*, entendida como un cambio gradual, lento y sucesivo que brindaría nuevas etapas de desarrollo; y la *revolución*, entendida como el cambio abrupto y repentino del sistema político, social y económico (p. 14).

Recibido: 14/04/2026. Aceptado: 1/06/2026



Alejandro Moreno Hernández es candidato a Doctor en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Profesor de Teoría Política en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán, Universidad Nacional Autónoma de México. MA en Ciencia Política, Universidad de Essex. Estancia de investigación doctoral en la Universidad del Estado de Río de Janeiro (2025). ORCID: <https://orcid.org/0009-0000-4945-399X>

Contacto: alex.morenohdz@gmail.com

Cómo citar: Moreno-Hernández, A. (2026). Reseña de Beck, H. (2025). *Insurrección, Anarquía, Revolución: Una anatomía política del instante*. *Revista stultifera*, 9(2), 181-189. DOI: 10.4206/rev.stultifera.2026.v9n2-08.

Sin embargo, al interior de los partidarios de la revolución, surge una serie de dilemas que suscitan interrogantes sobre la acción política: ¿hay que esperar al arribo de las *condiciones objetivas* para iniciar una revolución o acelerar su llegada, mediante el activismo?; ¿suponer que habrá un momento históricamente determinado para hacer la revolución o pensar que cada instante cuenta con una posibilidad revolucionaria?; ¿planificar la sociedad postrevolucionaria o confiar completamente en la espontaneidad de las masas y su autoorganización?; ¿realizar primero una revolución liberal-burguesa o saltarse esa etapa para llegar directamente a la revolución socialista?; ¿suponer que la revolución liberal-burguesa por sus propias contradicciones nos orillará a la revolución socialista? Estas interrogantes guardan todo un debate histórico-filosófico: ¿La historia está determinada por la propia estructura económica? ¿Quién realiza la historia: los agentes? ¿Cuáles agentes? ¿Las élites? ¿Las masas? ¿Los individuos en su soledad? (p. 15).

El autor mexicano describe al instante como “el intervalo más breve en el que se puede dividir y experimentar el tiempo” (p. 18). Es repentino e imprevisible, es una ruptura con una secuencia lineal del tiempo. La temporalidad sobre el cambio social, económico y político suele agruparse (nuevamente) en dos bandos: la historicidad hegeliana, por un lado; y, por el otro, la fascinación por el *ahora*, el polo instantaneísta entusiasmado por la *acción*, por el *momento*. Este bando elogiaría a la *acción* en sí misma, casi sin importar su contenido o forma. En este bando, el autor centrará su obra.

Beck sostiene que la modernidad dio lugar a un gran horizonte de impredecibilidad colectiva. El capitalismo está lleno de novedades, constantemente busca reinventarse generando innovaciones tecnológicas, que multiplica encuentros impredecibles (p. 30). En ese sentido, la vida del ser humano se vuelve impredecible porque muchas profesiones se ven eliminadas y/o reemplazadas. Por esta razón, el hombre pierde sus horizontes de largo plazo, pues desconoce en qué medida puede eventualmente afectarle el desarrollo tecnológico e industrial.

El libro está estructurado en tres capítulos. En el primero, el investigador realiza un recorrido de la insurrección. Define a esta última como un levantamiento, generalmente violento y de corta duración contra un poder establecido, donde el sujeto apelado es la multitud (p. 55). La insurrección enfatiza y elogia el *momento* del *estallido*. La Revolución

Francesa tuvo una imagen de sí misma como una ruptura radical con todo lo anterior, como una *tabula rasa* sin ninguna relación con el pasado (p. 58). Después, aquel país descubrió la ingenuidad de esa idea. Pues no existe una ruptura —por más radical que se presuma—, que no guarde (al menos) algún sedimento del pasado.

La insurrección aparece como el *acontecimiento*, como una irrupción repentina e inesperada. Marca un antes y un después en la historia, en el juicio y en el modo en el que valoramos las cosas (p. 60). En otras palabras, supone una subversión de la valorización de los valores, es un punto de inflexión que vira el ordenamiento social. La revolución se pensó como un solo paso de la normatividad de la utopía a la transformación de la realidad. En la revolución está la creencia (inocente) de que existe una transformación repentina, que resuelva todos los problemas de una vez por todas, de un momento a otro (p. 63).

El momento insurreccional rechaza el pasado, pero también el futuro, porque asume la realización de su proyecto en el *aquí y ahora*. “Es el momento” sería el credo insurreccional. El profesor del Colegio de México se apoya en Carl Schmitt para recordar el momento constituyente como un principio ilimitado que refleja los valores de una época, pues en ese tiempo no está limitado por otra constitución. Es el instante de la soberanía popular en su máxima expresión (p. 67).

La cultura de la insurrección habilitó un elogio al voluntarismo, un voluntarismo que no abandonó la política moderna (p. 72). El voluntarismo sigue apareciendo como elemento constitutivo de la política, pues incluso hasta nuestros días se debate si la historia la realiza el sujeto/el agente o, por el contrario, está determinada por la estructura con todos los matices que habría en medio de estas dos posiciones.

La Revolución Francesa formó un nuevo sujeto político: la multitud urbana con una composición heterogénea (p. 72). El investigador coloca como ejemplo la conspiración de los iguales y los *sans-culottes*. La insurrección aparecía como un acto de voluntad, que sucedería de manera súbita y cambiaría de golpe las condiciones sociales (p. 83). Beck retoma a uno de los personajes más controversiales de la Revolución Francesa para pensar la insurrección: Auguste Blanqui. En este personaje se condensaban las ideas de la revolución como conspiración insurgente, la apología del

voluntarismo, la incognoscibilidad del futuro y la naturaleza instantánea de la insurrección. Fue el personaje más temido por la sociedad francesa en el siglo XIX (p. 84). Todavía más, Blanqui consideraba que era imposible perfilar un futuro posterior a la victoria revolucionaria; tenía plena confianza en la espontaneidad de las masas y su autoorganización. En él hay una celebración del presente; comenta que nadie puede imponer una visión del futuro, apenas podríamos imaginar algunas cosas (p. 92). Así, destaca el momento de la insurrección dejando de lado la situación postrevolucionaria: ¿qué pasa el día después? No lo sabemos, solo hay una celebración del instante, del momento, de lo espontáneo (p. 92). ¿Qué previsibilidad otorga a futuro? Ninguna. De este modo, el autor observa que la insurrección celebra el instante insurgente, pero sin saber qué hacer después, como si viviéramos en un eterno presente.

El segundo capítulo discute en torno a la anarquía. Esta última se sustenta en la negación de toda autoridad (p. 95). Bakunin organiza su propuesta anarquista a partir de dos polos: destrucción y espontaneidad (p. 106). De acuerdo con el autor, en Bakunin habría una reserva nihilista, que pasa por la “destrucción implacable de cada cosa positivamente existente” (p. 106). Beck lo describe como el partido de lo negativo, que buscaba “volar el mundo en pedazos” (p. 107). La forma de liberación que piensa Bakunin es una instantánea que pueda arrasar *con todo* de manera repentina y abrupta, de manera que no quede ni un vestigio del orden anterior (p. 108). Todavía más, Bakunin piensa a la historia como una creación espontánea, sin alguna base científica y/o racional (p. 109).

Los anarquistas piensan en la destrucción del Estado en su totalidad. Si solamente cambia de manos, eventualmente restaurará la situación anterior de opresión, dominio, privilegios para unos cuantos, pobreza, desigualdad y represión (p. 118-119). No obstante, dentro del anarquismo, la corriente evolutiva del mismo rompe con el voluntarismo, y ve a la revolución como un suceso inevitable de la historia.

El sindicalismo revolucionario también formaba parte del anarquismo. Su contribución directa fue establecer la idea de la acción directa y llevarla a cabo, además de priorizar la autonomía de la clase obrera sobre el resto de sectores (p. 137). La industria depende del trabajo obrero. Entonces, los obreros podían interrumpir, entorpecer, alterar o mudar el ciclo de producción. La acción más común fue la huelga general, entendida

no solo como un método para ganar derechos, sino también como la creación de un sentimiento de solidaridad revolucionaria entre los compañeros de trabajo (p. 141). En el imaginario anarquista aparece la “huelga de huelgas” como el evento final apocalíptico del capitalismo. Dicho evento supondría la renovación total de la sociedad y la eliminación completa del capitalismo (p. 144).

La huelga general se propone destruir el poder, no tomarlo como la insurrección. De esta manera, la destrucción del poder del tendría un efecto inmediato sobre la sociedad (p. 145). Según Sorel, en la huelga general se resume la imagen general del socialismo: un cuerpo que evoca todos los sentimientos del socialismo contra la sociedad moderna (p. 146). Sorel considera que, al apelar a la emoción, la huelga general tendría una capacidad mayor de movilización (p. 146). La huelga general resume al socialismo a un *solo instante*, un momento único. En esa fracción de segundo, los hombres tomarían posesión de sí mismos (p. 150). Así, esta protesta se vuelve un drama apocalíptico, tiene la capacidad de destruir el estado de las cosas. La huelga general y la anarquía no muestran ninguna simpatía por las reformas. No creen en los cambios graduales, sino en los repentinos. Así, sus opciones son dicotómicas: no se puede ser reformista y socialista porque para ellos el cambio sólo puede ser abrupto, inesperado, repentino, instantáneo. Tiene que ser algo que vire radicalmente el orden, y no deje huella del pasado de ningún tipo.

Hasta aquí el autor nos ha mostrado dos formas de la instantaneidad política que hacen apología del mismo. En el tercer capítulo, la revolución es más complicada y diversa en su relación con el tiempo. En un primer momento, nos sitúa en la discusión al interior de la socialdemocracia. El autor menciona que en el interior de esta convivieron las dos almas del marxismo historicista: la quietista revolucionaria de Kautsky y la reformista gradualista de Bernstein (p. 163-164). En el primero no hay ningún voluntarismo, el destino está predeterminado: el colapso capitalista es inevitable. Es una cuestión de tiempo; no hay nada por hacer, solamente sentarse a esperar. En Bernstein, el gradualismo de las reformas traería consigo el socialismo; una acumulación de reformas logrará esto por la mera suma de las mismas.

Lenin —como férreo crítico de la socialdemocracia— piensa que solo la revolución puede crear un orden socialista. Para tal propósito, la voluntad

es fundamental. La acción humana se torna necesaria en ciertas coyunturas irrepetibles como la que atravesaba Rusia (p.177). Es más, Lenin no abraza el historicismo marxista, pues piensa que Rusia puede saltarse la fase capitalista industrial. Es decir, puede pasar del feudalismo al socialismo de manera directa, fusionando una incipiente revolución obrera con una campesina. El voluntarismo se torna central. Afirma el líder de la Revolución Rusa que el militante no espera el momento: lo crea. Se arroja sin más a la paradoja de la situación y crea su propio momento revolucionario (p. 184).

En el pensamiento revolucionario de Lenin, no hay un rechazo al Estado como en el anarquismo, ya que esto implicaría desconocer que las condiciones sociales que permitieron el surgimiento del Estado no han sido abolidas. Además, el Estado es visto como un elemento necesario para la reproducción del orden, pero en este pensamiento se trataba de crear un nuevo Estado “sin los aparatos estatales de la burguesía” (p. 186). “Todo el poder a los soviets” resumía en una frase un tipo de administración que incluyera a toda la comunidad. De cualquier modo, el horizonte postrevolucionario parecería quedarse corto. La utopía leninista se hallaba en una exaltación del momento, “la urgencia del momento” que pedía la acción de la militancia (p. 186). Para Rosa Luxemburgo, las reformas solo reforzarían el sistema capitalista. Luxemburgo tenía una postura de agitación constante y permanente: agitar a cada instante siempre el hoy. Siempre es el momento adecuado; siempre es en las calles, no en las urnas (p. 188, 192).

Finalmente, nos dice el autor que el ocaso de la instantaneidad coincide con el ocaso de la modernidad (p. 203). El cambio sobre las ideas revolucionarias está directamente asociado a su expansión en Europa del Este y Central sin una revolución de por medio. De este modo, ya no se trataba de una utopía ni de un cambio instantáneo, sino que en gran parte de Europa estaba en juego el poder (p. 207-208). Sin embargo, ni los intelectuales ni los políticos socialistas asumieron su responsabilidad. Su estrategia se centró en decir que eso no era socialismo o que todavía no habían logrado instaurarlo en todas las áreas para ver sus frutos (p. 208). Intentaban —de algún modo— que el futuro no se convirtiera en presente (p. 208). En 1989, tras la Caída del Muro de Berlín, vuelve el instante, el momento del cambio, pero en un sentido muy distinto al socialista.

El libro indirectamente muestra un diálogo con teóricos políticos contemporáneos. Quizás al tener un peso histórico tan marcado, este vínculo no resulta explícito. Sin embargo, considero que la instantaneidad guarda paralelismos, así como profundas diferencias, con autores como Alan Badiou, Jacques Rancière o Ernesto Laclau.

Con el primer autor, comparte el interés en el momento en que el orden pierde su estabilidad y termina por romperse, lo que Badiou (2009) llamaría “acontecimiento”. Sin embargo, el interés de Badiou es mucho más teórico. Por el contrario, Beck no intenta generar una ontología, sino simplemente responder cómo las sociedades modernas han pensado el momento rupturista de la política. El vínculo con Rancière (2015) parecería un poco más directo, pues este último habla de la irrupción “de los sin parte” que termina por desestabilizar el orden existente. Beck parece que historiza esa concepción. La comparación con Laclau es tal vez la más contrastada: recordemos que, para el autor argentino, la *dislocación* es la condición constitutiva de toda objetividad social (Laclau, 1990). Así, todo orden está constitutivamente dividido; su falla es originaria, el orden nunca se puede completar. La *dislocación* es la condición de posibilidad misma del orden. En Laclau (1990), el instante *solo* intensificaría el espacio estructuralmente dislocado. En contraste, para Beck, el instante sigue apareciendo como algo excepcional, un momento que irrumpe y modifica sustancialmente el estado de las cosas (salvo cuando retoma las ideas de “agitación permanente” de Rosa Luxemburgo). En Beck, el instante parece anómalo, fuera de la regla. Aunque habría que matizar que Beck no teoriza tanto el problema del instante. Más bien, lo historiza. Por lo tanto, se pregunta ¿cómo han pensado los actores, movimientos y partidos políticos la temporalidad, el instante y su relación con el cambio radical en las sociedades modernas? Luego, su pregunta ya le da un paso trascendental a la historia, pues no busca a partir de ella generar una ontología, sino hacer un recuento de una época que ya no existe. Aunque ese recuento ya constituye una interpretación original y tiene mérito por el mero hecho del ejercicio, considero que una aportación se encuentra en una revalorización de la historia como herramienta para comprender la política. Así, la historia no es usada meramente para ilustrar una teoría general, sino que la historia nutre a la teoría.

En la última parte del libro, el autor discute la actualidad. Se pregunta cómo se podría reactivar la instantaneidad en la política. Se concentra en

un escenario de transmutación de la humanidad a partir de la aceleración tecnológica y otro de una posible catástrofe atómica como “experiencias colectivas del tiempo instantáneo” (p. 216).

Pero, en sí mismas, no postulan ningún proyecto de movilización que contemple la actualización repentina de un ideal. No postulan, tampoco, por lo tanto, la capacidad de un sujeto político de llevar a cabo esa actualización y promulgar el cambio. En otras palabras, ninguna de estas dos perspectivas entraña alguna forma de reactivación de la instantaneidad como horizonte político. (p. 216)

Por último, Beck observa también en el cambio climático una oportunidad de reactivación de la instantaneidad política. La comprobación de la vinculación entre el hombre y el planeta puede reactivar la “urgencia de actuar ahora” (p. 218). Sin embargo, considero que ninguno de estos casos nos sitúa en el problema del horizonte político. Es decir, ¿qué sucede el día después? Tanto la catástrofe atómica como la aceleración tecnológica y el cambio climático nos sitúan en un plano de supervivencia, no de oferta fresca hacia un nuevo sistema económico, social y político.

El libro consiste en un ejercicio del *momento*, del segundo en el que se definen décadas y quizás hasta siglos. El ejercicio de Beck es loable por el objetivo de destacar cómo se pensaba la “urgencia del presente”. Pensar la modernidad y sus tiempos, sus ritmos y sus cadencias está ineludiblemente ligado a pensar su unidad más pequeña: el *instante*. Toda esa discusión no es menor, pues en nuestros años tan acelerados reinterpretar el tiempo y sus unidades significa un paso relevante para imaginar horizontes políticos. Es decir, para hablar de horizontes primero tendríamos que hablar de *temporalidades*.

La obra también maneja tonos diversos: a veces la época analizada aparece romantizada, pero, en otras ocasiones, algunas ideas son ridiculizadas porque se trataría de discusiones ya saldadas a lo largo de las últimas décadas. Empero, ese doble juego nos habilita a entender la dimensión de esa época. Por ejemplo, hoy somos conscientes de que es imposible construir un nuevo sistema que no tenga ninguna relación con el pasado. Por más radical que sea nuestra idea, siempre guardará algún sedimento del orden anterior. A su vez, esa era europea signada por el voluntarismo y por debates tan enriquecedores en torno a la reforma o la revolución contribuyen a entender la flaqueza intelectual de nuestros

tiempos, donde el mismo autor solo puede observar una posible readaptación de la instantaneidad a través de la mera supervivencia hacia la amenaza atómica, la aceleración tecnológica o el cambio climático. Así, nuestra época no es capaz de ofrecer rumbos nuevos, sino que nuestra urgencia presentista de supervivencia lo vuelve incapaz siquiera de imaginarlos. En este tenor, creo que ahí reside la valía principal de la obra: al estudiar una época pasada, el autor inevitablemente nos lleva a preguntarnos ¿qué cambió?, ¿nuestras herramientas teóricas siguen siendo vigentes? Pues la sociedad de masas que marcó el siglo XX parece difuminarse en el algoritmo, los mensajes individualizados, la autosuperación individual. Entonces, ¿cómo podríamos imaginar proyectos colectivos?, ¿cómo pensamos lo común de la comunidad? O todavía peor, ¿estamos basando nuestros análisis en teorizaciones creadas para un mundo que ya no existe? Beck —indirectamente— parece querer discutir en ese terreno.

(Re)pensar la modernidad europea todavía parecía algo cercano en el siglo pasado. Hoy parece que es una era lejana (romantizada o ridiculizada), casi ajena a nosotros, pero que por eso mismo tiene un gran valor: cuanto más ajena es, más contribuye a pensar qué cambió. Aun más, realizar el ejercicio a través del debate de las temporalidades políticas nos invita no solo a imaginar horizontes, sino a dar un paso anterior a reinterpretar cómo vivimos, percibimos y medimos el tiempo. En suma, la obra constituye una invitación a (re)interpretar la política, sus temporalidades, sus velocidades y sus *instantes*.

Referencias

- Badiou, A. (2009). *El Ser y el Acontecimiento*. Manantial.
- Laclau E. (1990). *Nuevas Reflexiones sobre la Revolución de Nuestro Tiempo*. Nueva Visión.
- Rancière J. (2015). *Disenso. Ensayos sobre estética y política*. Fondo de Cultura Económica.

REVISTA STVLTI FERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 9, NÚMERO 2, SEGUNDO SEMESTRE DEL 2026
ISSN 0719-983X

Editorial: *Quo vadis, leguleie?*

Juan Antonio González de Requena Farré

El lugar de la política en la era del desencanto: entre el desplazamiento y el resentimiento

Juan Manuel Reynares y María Virginia Tomassini

Psicoanálisis, crítica y blanquitud: algunas provocaciones

Maria Lucia Macari

Primera persona desplazada. La figura de escritora en Djina y Lara Pawson

Juan José Adriasola y Phillip Rothwell

Dos gramáticas de la automovilidad: velocidad, intimidad y memoria en *Cambio de piel* de Carlos Fuentes y *Prontos, listos, ya* de Inés Bortagaray

René Araya Alarcón

Simpoiesis: figuraciones en torno a la nuez pecana en el noroeste de Chihuahua, México

Andrés Oseguera-Montiel

La mediación penal como práctica retórico-discursiva

Angel Magos Pérez, Gerardo Ortiz Moncada y Diana Leandro Castro

Reseña de Beck, H. (2025). *Insurrección, Anarquía, Revolución: Una anatomía política del instante*

Alejandro Moreno Hernández